

tarian los ofrecimientos de Wallenstein ó se entablarían negociaciones con el emperador por mediación de Dinamarca y del duque Francisco Julio de Brunswick, hermano de Francisco Alberto. El hecho de que el emperador dejara al elector de Sajonia en libertad para escoger cualquiera de las dos soluciones prueba claramente que Fernando no veía la menor traición por parte de Wallenstein en las relaciones por este sostenidas con Sajonia. El disgusto y el temor de la corte de Viena no eran hijos del hecho de que Wallenstein negociara con los sajones, pues esto estaba dispuesto ya en su capitulación, sino de las condiciones que estaba dispuesto á otorgar á los electores protestantes, y como Sajonia podía elegir entre aquellos dos caminos, el Consejo privado acordó negociar, no con el emperador, sino con Wallenstein. Sin embargo de esto, la desconfianza no había desaparecido en absoluto y lo demuestra el que el elector diera á Arnim instrucciones expresas para que, en caso de desprenderse de las negociaciones la intención de Wallenstein de rebelarse contra el emperador, hiciera todo lo posible para disuadirle de tal propósito. En definitiva, la opinión de Sajonia era que una negociación con Wallenstein conduciría más rápidamente al logro del fin apetecido, y en su consecuencia el elector dió poderes á Arnim para que, en caso necesario, consintiera también en la unión del ejército sajón con el de Wallenstein si ello era indispensable para llevar á cumplimiento la paz convenida; es decir, que aceptaba la opinión de Wallenstein de que la paz debía firmarse aun cuando á ella se opusiera el emperador.

De conformidad con esto, se trató en aquella conferencia de 27 de enero de las condiciones que habían de servir de base á las negociaciones de paz. Wallenstein había indicado por conducto del duque Francisco Alberto las negociaciones seguidas en Leitmeritz en 1633, que recordaba perfectamente y con las cuales se manifestó entonces conforme en su parte esencial. Esas negociaciones de Leitmeritz, que habían dado lugar á una aproximación ya que no á una verdadera inteligencia, volvían ahora á tomar como fundamento los artículos de Torgau convenidos en 1632 entre Sajonia y Brandeburgo, que en el fondo tendían al restablecimiento del estado de cosas de 1618 y á dar satisfacción á las quejas incesantemente formuladas por los protestantes antes de que estallara la guerra. Ahora bien, recordando que aquellas negociaciones de Leitmeritz habían fracasado por la oposición de los comisarios imperiales á establecer como año normal el de 1618, compréndese la profunda diferencia que existía entre la política del emperador y la de su general en aquellas circunstancias.

Pero para formarse completa idea de ese antagonismo es preciso tener presente, siquiera en sus puntos esenciales, las exigencias que los consejeros privados sajones, fundándose en aquellos artículos de Torgau, quisieron imponer como base de las negociaciones y que en su parte substancial aprobó sin duda Wallenstein. En esas exigencias hay que distinguir las de carácter religioso eclesiástico y las de índole política: entre las primeras figuraba naturalmente en principal término la revocación de aquel edicto que había convertido la guerra en una lucha absolutamente religiosa, el edicto de restitución de 1629, en oposición al cual se pedía que todos los bienes eclesiásticos confiscados desde 1618 por los protestantes continuaran en poder de estos, y además se reclamaba el cumplimiento de aquel principio establecido en las luchas del siglo XVI de que cada Estado del Imperio, incluso las ciudades imperiales, tuvieran en su territorio el *ius reformati aut de religione disponendi*, es decir, que volviera á cumplirse en toda su extensión el principio *cujus regio, ejus religio*. El reconocimiento de la posesión de los

bienes eclesiásticos únicamente podía obtenerse revocando, ó por lo menos suavizando esencialmente, la reserva concedida por el emperador en la dieta de Augsburgo de 1555, y esto fué lo que realmente se exigió en 1633. Pidióse además una ratificación de la declaración de Fernando, es decir, que se determinara que los vasallos protestantes de las fundaciones eclesiásticas disfrutarían de libertad religiosa; la completa igualdad entre las dos religiones; la suspensión de la jurisdicción eclesiástica en los territorios protestantes; la reconfirmación de la paz religiosa de Augsburgo; la resolución de los litigios pendientes entre católicos y protestantes, no por el emperador, sino por transacción de los Estados entre sí, y la aprobación de todas estas estipulaciones por una dieta imperial; en una palabra, se reprodujeron todas aquellas exigencias que habían motivado antes de estallar la guerra las contiendas que habían sido causa de la disolución de tantas dietas y que era preciso satisfacer para lograr una paz duradera y asentada sobre sólidos cimientos. Entre las exigencias políticas que se formularon figuraba en primer término la de que en lo sucesivo no pudiera emprenderse guerra alguna contra una potencia extranjera sin consentimiento de los Estados. Se pedía también la disolución de la Liga y el licenciamiento de todos los ejércitos, la revocación de todas las confiscaciones en los territorios del Imperio (no en los hereditarios del emperador), la provisión por igual entre católicos y protestantes del Consejo áulico imperial y de la Cámara de justicia imperial, la restitución del Palatinado y la reposición de los duques de Mecklenburgo. Finalmente se consignaban las estipulaciones relativas á la indemnización que debía darse á Suecia, á Francia y al duque Bernardo, que Wallenstein había propuesto en su conferencia con el coronel Schlieff, y se determinaba la indemnización que había de concederse á Wallenstein por la pérdida de Mecklenburgo.

Comparando estas pretensiones de Sajonia con los ofrecimientos de Wallenstein, se ve que unas y otros no eran sino un vasto programa de las condiciones que los protestantes consideraban como base indispensable para una paz duradera, y dada la marcha que hasta entonces habían seguido las negociaciones era evidente que el emperador no aceptaría ese programa en todas sus partes. Así lo hizo observar Arnim en la sesión del Consejo privado, indicando que puesto que no se trataba solo con Wallenstein, sino que también con un delegado que á petición del general había enviado la corte de Viena para intervenir en las negociaciones, sería preciso hacer algunas concesiones en determinados puntos, entre ellos los referentes al nombramiento de protestantes para el Consejo imperial, á la confirmación de la declaración de Fernando y la revocación ó suavización de la reserva eclesiástica. Ningún acuerdo definitivo se tomó sobre este particular, pero el curso de los debates demostró que por los puntos indicados no fracasaría la inteligencia. Ya entonces no cabía duda alguna de que Wallenstein estaba dispuesto á aceptar aquellas condiciones, y si se conseguía llegar á una inteligencia definitiva, inteligencia que todos estaban resueltos á mantener á todo trance, fácil sería obligar al emperador, que fuera del mandado por Wallenstein no disponía de ningún otro ejército, á dar su aprobación á lo hecho. Este era, como hemos visto, el pensamiento que acariciaba Wallenstein y con cuya rápida realización creía poder escapar al peligro que desde Viena le amenazaba. De haber podido llevar á cabo su plan, el general hubiera alcanzado como gran pacificador una situación sin igual al lado de Sajonia y de Brandeburgo.

Lograr que este último electorado aceptara el plan concebido, tal había de ser la principal misión de Arnim, el cual

la consideró mucho más urgente que el viaje á Pilsen con tanta impaciencia deseado por Wallenstein, y en su consecuencia el día 3 de febrero marchó á Berlín, siendo portador de una instrucción detallada. Pero en aquella capital encontró más resistencia de la que se había figurado, pues Jorge Guillermo estaba más inclinado á negociar con el emperador que con Wallenstein, en cuya lealtad no tenía gran confianza recordando su conducta de otras ocasiones; pero sobre todo

lo que el elector quería era que entraran en las negociaciones no solo Suecia, sino los demás electores, príncipes y Estados protestantes, reservándose tomar una resolución cuando se reuniera la asamblea que, convocada por el canciller sueco, debía celebrarse en Francfort. De modo que la «resolución» escrita que recibió Arnim en 8 de febrero fué muy poco satisfactoria; mas al día siguiente, en una audiencia que le concedió Jorge Guillermo, alcanzó de este una respuesta



INVICTISSIMO COMITI OCTAVIO PICCOLOMINEO DE ARAGONA
Caesari Exercitus in Belgiam Praefecto.
Quod non Barbarico quassata est Belgica ferro *Officium regio, gladium stylus impiger equat-*
Debitumque gladio Piccolomine tuo *Viximus tui: tuus vixit in cruce meo*
5 Signo punit. *Com privilegio Regum.* *Vorstermann fecit.*

El conde Octavio Piccolomini

Facsimile reducido del grabado de Lucas Vorstermann (1578-1656). Cuadro original de Gerardo Seghers (1591-1651)

verbal algo más favorable, puesto que le dijo que no quería separarse de Sajonia, sino firmar en unión de ella la paz en nombre de Dios.

Pero con estas negociaciones se habían perdido días y semanas que significaban un tiempo precioso. Arnim, en sus laudables gestiones, no había tenido en cuenta que solo procediendo rápidamente podía llegarse á un acuerdo con Wallenstein, así es que mientras él trataba de establecer minuciosamente en Dresde y en Berlín las bases para una inteligencia en todos sentidos, estallaba con toda su fuerza el conflicto entre Wallenstein y el emperador, cuando lo que ante todo importaba era convenir la paz antes de que surgiera abiertamente una contienda irremediable entre Fernando y su general.

Si teniendo en consideración el curso que hasta entonces habían seguido los sucesos se pregunta cuáles fueron las verdaderas causas que motivaron los acuerdos adoptados por la corte de Viena en contra de Wallenstein, se ve que no fueron ni las negociaciones con Sajonia, de cuyos puntos principales estaba enterado el emperador, ni el compromiso de Pilsen de 12 de enero. El emperador no opuso dificultad alguna á que, atendiendo á las súplicas de Wallenstein, marchara á Pilsen para tomar parte en aquellas negociaciones el doctor Gebhardt, el cual salió de Viena con ese objeto el día 4 de febrero; y en cuanto al compromiso, no fué considerado al principio en la corte como un acto de rebelión, sino más bien como un acto de habilidad para colocarse en situación ventajosa y sobre todo para contrarrestar cualquiera

tentativa para destituir nuevamente á Wallenstein. Mayor importancia se daba á la conducta autoritaria de Wallenstein en general, que entrañaba un peligro para el emperador, teniéndose especialmente por un acto de abierta rebeldía lo que habia hecho á propósito de los mandatos que la corte de Viena le habia transmitido por conducto de Questenberg y Trautmannsdorf. Los adversarios de Wallenstein decian que la extralimitacion por este cometida al someter á la aprobacion de los coroneles las órdenes del emperador, era una cosa inaudita é incompatible con la relacion que debe existir entre el vasallo y su soberano. Además de esto habia el antagonismo político general entre Wallenstein por un lado y España y el elector de Baviera por otro. ¿Dónde iremos á parar, exclamaban los enemigos del general en la corte, siendo jefe omnipotente del ejército un hombre que no solo en asuntos militares niega abiertamente obediencia al emperador, sino que tambien sigue en punto á política un camino distinto que este? Mirado desde este punto de vista, el compromiso de Pilsen tenia otra significacion peligrosa para el emperador. Por todas estas razones los que rodeaban al soberano pidieron cada vez con mas insistencia la destitucion del general, y aunque al principio se pensó en si se podria conjurar el peligro limitando el poder absoluto de que Wallenstein disfrutaba, desechóse en seguida esta idea cuya realizacion se consideró imposible dado el carácter de aquel. La destitucion del general omnipotente fué, por consiguiente, considerada como el único medio de salvar á la casa de Austria del peligro que de parte de su propio ejército la amenazaba.

La cuestion estaba entonces (desde mediados de febrero) en saber si seria posible encontrar á Wallenstein en su campamento, y los temores que en este punto abrigaba la corte de Viena subieron de punto al tener noticia del acuerdo adoptado en Pilsen. Sin embargo, el emperador habia sabido conquistarse á algunos influyentes jefes del ejército, figurando entre ellos Gallas, que todavia en enero permanecia fiel á Wallenstein y que habia intervenido en las negociaciones con Sajonia. Tambien era muy importante la circunstancia de haberse Fernando atraído al general Piccolomini, uno de los mas íntimos amigos de Wallenstein, de quien creía este poder estar seguro por el agradecimiento que le debía. Aldringer mostrábase asimismo dispuesto á abandonar á Wallenstein.

Es indudable que al emperador le costaba mucho resolverse á dar el paso decisivo, y si lo dió fué mas que por su propio impulso porque á ello le obligó el partido hispano-jesuita que le rodeaba. Preocupábase este asunto hasta tal punto que, segun su propia confesion, dormia soñando con él y pensando en él se levantaba; pero los que estaban á su alrededor le apremiaban cada dia mas. En enero ó en los primeros dias de febrero (pues el documento fechado en 24 de enero fué probablemente extendido con fecha atrasada) hubo el emperador de declarar destituido al general en un decreto que por de pronto se mantuvo secreto, siendo nombrado general en jefe del ejército el hijo de Fernando, relevándose á los demás generales del deber de obediencia á Wallenstein y siendo promovidos á feldmariscales Piccolomini y Colredo y á generales con mando independiente Gallas y Aldringer.

Nada se dijo al interesado de su destitucion; antes al contrario, el emperador sostuvo hasta el último momento íntima correspondencia con su «generalísimo», cuya ruina tenia decretada; queria tranquilizarle para de esta suerte poder mas seguramente herirle.

Wallenstein, sin embargo, tenia noticia de ello y sabia que en aquella contienda estaba todo empeñado incluso su pro-

pia existencia; pero habia aun un medio de sustraerse al peligro si al fin llegaba Arnim y se firmaba la paz con Sajonia y Brandeburgo. De haber sucedido esto, la situacion habria variado por completo. Pero Arnim no parecia.

A pesar de esto, Wallenstein quiso dejar una puerta abierta á la posibilidad de llegar á una inteligencia con el emperador, y aun cuando le constaba que una parte de sus oficiales superiores estaba á punto de abandonarle, celebró con ellos conferencias en los dias 19 y 20 de febrero. Solo treinta asistieron; Piccolomini, Suys, Isolano, Butler y otros dejaron de concurrir. Los asistentes todos, Wallenstein el primero, firmaron una declaracion protestando expresamente de que el compromiso de 12 de enero fuera dirigido contra el emperador ó contra la religion católica, asegurando que con él únicamente habian querido ponerse á cubierto de las maquinaciones del enemigo y manifestando terminantemente que cada uno de ellos se consideraria desligado de las obligaciones en aquel compromiso contenidas desde el momento en que se tratara de hacer «lo mas mínimo contra Su Majestad Imperial y Su Alteza» ó contra la religion. Acordóse además que en lo sucesivo los regimientos se concentrarian en Praga. Mohr y Waldt fueron enviados á Viena para hacer entrega de esa declaracion al emperador.

Pero ya en Viena la suerte estaba echada: el 18 de febrero se habia publicado un nuevo decreto declarando á Wallenstein reo de perjurio y deslealtad, de tiranía bárbara y de conspiracion contra el emperador, y ordenando contra él nuevamente la destitucion. Dos dias despues se nombró un comisario para confiscar los bienes del general, los de Illoy y los de Trzka. La total ruina de Wallenstein era cosa resuelta.

En aquel instante de supremo peligro, Wallenstein, yendo mas allá de las negociaciones hasta entonces seguidas con Sajonia, se dirigió, si no directamente á Sajonia, por lo menos al duque Bernardo de Weimar. Cierto que sus negociaciones con Sajonia habian distado mucho de mantenerse dentro de los límites de lealtad al emperador; pero su objetivo final habia sido en el fondo la consecucion de una paz estable; la union con los sajones no debia ser sino un medio para vencer la resistencia que contra esta pudiera oponer el emperador. Mas ahora tratábase de la existencia misma de Wallenstein. Arnim no llegaba, y Praga, donde pensaba retirarse el general con los regimientos que le permanecian fieles, se habia declarado por el emperador despues que á tambor batiente se habia publicado en ella el decreto de destitucion. En tales circunstancias, el mayor peligro estaba en cualquier retardo en obrar, y entendiéndolo así, Wallenstein encargó en 19 de febrero al duque Francisco Alberto de Lauenburg, que todavia se encontraba en Pilsen, que fuera á Ratisbona y suplicara al duque Bernardo que, poniéndose al frente de un numeroso cuerpo de caballería, marchara hácia Eger y se uniera á él.

En realidad, este fué el primer paso para una alianza con Suecia que dió Wallenstein en esta última fase de su vida, pues aquellas anteriores negociaciones de Thurn y Bubna con Oxenstierna promovidas por la carta de Trzka, de diciembre, deben ser atribuidas, lo propio que una carta de Kinsky á Bernardo de Weimar fechada en 14 de enero, no al mismo Wallenstein, sino á los emigrados bohemios que le rodeaban. Que estos obraron entonces no solo sin autorizacion de Wallenstein, sino contra las verdaderas intenciones de este, pruébalo el carácter que desde diciembre de 1633 revistieron las negociaciones con Sajonia que se encaminaban á conseguir una paz separada en la cual no debia ser admitida Suecia y que mas bien era de tendencias contrarias á esta nacion. Únicamente cuando vió que aquellas negocia-

ciones no avanzaban á causa de la lentitud de Arnim y que, por otro lado, amenazábase desde Viena el mayor peligro, se decidió Wallenstein á formar alianza con los suecos.

El dia 21 de febrero, despues de haber partido Francisco Alberto á desempeñar su comision cerca del duque Bernardo, se dirigió Wallenstein á Eger para acercarse mas al de Weimar. En dicho punto debian reunirse los coroneles, al paso que los regimientos fieles á Wallenstein habian de hacerlo en Laun. El general estaba entonces verdaderamente resuelto á alzarse contra el emperador y, segun dicen algunas memorias de aquella época dignas de crédito, manifestó en aquellos dias críticos que, puesto que el emperador no queria reconocerle ya como á su general, tampoco queria tenerle él como soberano y fácilmente encontraría otro príncipe, si bien no queria volver á estar sujeto á ningun señor, pues queria serlo él y contaba para serlo con medios suficientes.

En la tarde del 24 de febrero entró Wallenstein en Eger, donde se creyó seguro, pues la guarnicion estaba mandada por dos protestantes escoceses, Gordon y Lessley, al primero de los cuales le habia nombrado coronel tres dias antes. Además de sus íntimos, formaba parte de la corte del general el coronel Gualtero Butler, á quien habia encontrado por el camino y rogádole que le acompañara á Eger, sin sospechar que invitaba para tener á su lado al que poco despues habia de asesinarle.

El dia 25 de febrero, Illoy y Trzka llamaron á su presencia á los dos escoceses, Gordon y Lessley, y les excitaron á que solo obedecieran las órdenes del friedlandés contra lo que disponia el decreto imperial; pero en aquellos dos oficiales alentaba un sentimiento intenso de sus deberes hácia el emperador y no vacilaron en decirse así á los dos íntimos de Wallenstein. Unos y otros se separaron sin haberse podido entender, pero tambien sin guardarse rencor.

Pero cuando se planteó á los escoceses la cuestion decisiva de si se pondrian en abierta pugna con el emperador, pues Wallenstein habia dado cuenta á Lessley de su propósito de unirse á Bernardo de Weimar, optaron por la negativa y se pusieron en relacion con el irlandés Butler, de quien sabian que era incondicionalmente adicto á la causa del emperador. Al principio pensaron en limitarse á prender á Wallenstein, pero al convencerse de que el éxito de esta tentativa era muy dudoso por la circunstancia de la probable llegada del duque Bernardo, convinieron en asesinar no sólo al general, sino tambien á sus dos íntimos Illoy y Trzka. Gordon, que en un principio vacilaba, consintió al fin en que estos dos últimos fueran asesinados en un banquete que les daria en su propia casa.

Illoy y Trzka acudieron á la invitacion: reinó en la comedia la mayor alegría y expansion, brindando todos repetidas veces á la salud del generalísimo que pronto seria señor independiente. Levantados los manteles, á una seña de Lessley penetraron en la estancia seis robustos irlandeses mandados por un aposentador mayor, y al grito de «Viva el emperador Fernando!» arrojáronse sobre los aterrorizados y enmudecidos generales. Illoy intentó resistirse, pero fué en vano: en pocos minutos quedó el crimen consumado.

Fácil hubiera sido entonces respetar la vida de Wallenstein, contentándose con prenderle, puesto que no existian ya sus dos principales partidarios; pero, como estaban los suecos cerca, temióse que en el último momento todo fracasara y de aquí que se persistiera en el acuerdo adoptado. El capitán irlandés Devereux, acompañado de algunos soldados tambien irlandeses, subió la escalera de caracol que conducia desde la calle á las habitaciones que en la casa del burgomaestre Pachhalbel ocupaba Wallenstein. Este, que acababa de tomar un baño, sobresaltado por aquel tumulto,

asomóse á la ventana para llamar á la guardia; pero ya Devereux habia penetrado violentamente en la estancia apostrofándole con los dictados de «infame y traidor.» Wallenstein no pudo articular una sola palabra: apoyado en una mesa, movia los labios sin poder hablar y con los brazos abiertos recibió el golpe mortal.

«Es un gran favor que Dios dispensa á la casa de Austria,» exclamó el embajador español Oñate cuando llegó á Viena la noticia de la muerte de Wallenstein.

En efecto, las cosas habian llegado á tal punto que el hombre que por dos veces habia salvado de una inminente catástrofe al emperador y á toda la casa de Habsburgo, y que durante algunos años de grandeza habia sido el mas poderoso y mas afortunado representante de un gran imperio universal, se habia llegado á convertir en un grave peligro no para el Imperio alemán, sino para el mismo emperador á quien salvara y para el Imperio tal como este lo concebía. El sesgo que habia tomado la carrera del gran general y hombre de Estado en el último año de su vida era una prueba elocuente de que al lado del poder público soberano no cabe un poder militar tan absoluto como el que Fernando habia otorgado á Wallenstein. Las estipulaciones de Znaim no habian hecho del general un subordinado del emperador, sino que habian reconocido un poder igual al del soberano, puesto que este habia renunciado á toda intervencion en lo político y en lo militar. Esta situacion hubiera podido perder aun á un hombre menos ambicioso y de menos talento; tratándose de Wallenstein necesariamente habia de originar un conflicto que no podia resolverse por los medios ordinarios, y este conflicto hubo de surgir en el momento mismo en que se produjera en lo estratégico ó en lo político una honda divergencia de opiniones entre el emperador y el general. Una vez estallado el conflicto, solo cabia evitar una solucion violenta sometiéndose el general á su señor nato ó abandonando espontáneamente su puesto que no por privilegios de cuna, sino por sus méritos militares habia conseguido elevándose hasta el mas alto poder; y como Wallenstein no hizo lo uno ni lo otro, sino que, por el contrario, pretendió realizar su política antagonica con la del emperador, á despecho de este, púsose en funesta oposicion con la autoridad histórica del Estado, consagrada por la tradicion de los siglos. Wallenstein sucumbió en la lucha contra el «eterno ayer» que con criminal ardor habia emprendido, pero sucumbió de una manera que honra muy poco al emperador y á la casa de Austria, pues aun cuando pueda ser cierto que Fernando no ordenó el asesinato del general, no cabe absolverle de la culpa de haber concedido demasiada libertad al partido de accion que formaba parte de su corte. Es mas; los asesinos fueron pródigamente recompensados, la corte de Viena mandó publicar un escrito justificando el asesinato con el título de *perduellionis chaos* é hizo confiscar los bienes del asesinado, con lo cual vino á poner en el crimen el sello de una ejecucion oficiosa. Cierto que el emperador se hallaba en el caso de adoptar una especie de defensa necesaria desde que creyó tener el convencimiento de que Wallenstein tenia proyectos sediciosos y de alta traicion; pero ni tenia pruebas de ello ni el acusado habia sido oido, antes bien se habia hecho todo lo posible para no despertar en él la menor sospecha de lo que contra él se tramaba, y aun en los momentos en que el decreto de destitucion estaba ya firmado, sin haber dado de él cuenta al general y sin haber intentado siquiera averiguar si este se someteria, el emperador seguia manteniendo íntima correspondencia con él, cuando ya en su corte era cosa resuelta ponerlo «vivo ó muerto» en poder del soberano.

Si desde el punto de vista de la conmiseracion puramente

humana que despierta la suerte trágica personal de aquel hombre notable nos elevamos al punto de vista de la consideración histórica general sobre la posición que ocupó entre los poderes de su tiempo, á primera vista se descubre la importancia histórica que aquella personalidad merece. Wallenstein hubiera podido ser para Alemania lo que para Francia fué Richelieu, si como á este le hubiese sido dado retener al monarca en la senda política por él trazada. ¿Qué senda era esta por la cual quería elevar el Imperio alemán á una altura desde hacia siglos no conocida? Puede deducirse principalmente de la época en que por primera vez ejerció el generalato. En ella se ve claramente que el fin que acariciaba era la creación de un fuerte poder central que estuviera por encima de los príncipes que luchaban por su completa independencia, y ninguno de sus contemporáneos vió de una manera tan clara y tan intensa que ese fin solo podía conseguirse partiendo de la base de la completa igualdad religiosa. Por esta causa combatió el edicto de restitución, y del mismo punto de vista partió durante su segundo generalato en las negociaciones con Sajonia. Si el emperador hubiese seguido este camino no solo habría tenido la paz en su mano, sino que, además, habría sido posible evitar de una vez para siempre la intervención de las potencias extranjeras en las cuestiones interiores de Alemania. A esa influencia extranjera en el Imperio, viniera de donde viniese, era á lo que con energía se oponía Wallenstein, y todo el conflicto que causó su ruina nació de su resistencia contra las influencias españolas en la corte imperial. Es cierto que durante este conflicto pensó accidentalmente en una alianza con Suecia, pero siempre preveía en él la idea de lograr una unión con los electores protestantes, destruyendo con ella la influencia que Suecia, Francia y España ejercían en los destinos de Alemania. Las negociaciones que siguió con los suecos producen el efecto de que con ellas se proponía únicamente engañar al adversario, pues en cuanto parecía inminente la alianza con ellos acogíase de nuevo al pensamiento totalmente opuesto de arrojar á los suecos del territorio alemán, uniéndose para ello con Sajonia y Brandeburgo. La unión con los electores alemanes protestantes era para él lo principal; unido con ellos creía tener en sus manos fuerzas bastantes para imponer la paz, como potencia armada mediadora, á las dos potencias de primer orden que entre sí luchaban. Si esta política hubiese sido seguida por un príncipe alemán dotado de altas cualidades, se habría logrado el objeto que con ella se perseguía y se habría podido evitar á Alemania los incalculables desastres de catorce años mas de guerra; pero la fatalidad quiso que fuera el general del emperador quien acometiera tal empresa y que la acometiera en abierta oposición con su soberano. La culpa que la historia achaca á Wallenstein está en que por la fuerza de las armas quisiera imponer la paz por él deseada al emperador de quien había recibido el poder que le había de servir para conseguirla.

LA PAZ DE PRAGA

Si atendiendo á su mas profunda esencia se considera aquella guerra, que desde hacia diez y seis años asolaba el territorio alemán, como una lucha entre el protestantismo y el catolicismo en Alemania y en Europa, y no cabe considerarla de otro modo, se comprende á primera vista cuánta importancia tenía el hecho de que Wallenstein fuese asesinado en aquellos momentos. En efecto, él había sido el único hombre que por su carácter y por su temperamento podía ponerse entre los partidos beligerantes y aun por encima de ellos, y hacer posible entre ambas partes una paz honrosa,

porque era el único que podía elevarse sobre el antagonismo religioso que constituía la causa fundamental de aquella lucha. Si Arnim hubiese llegado oportunamente al campamento de Pilsen y se hubiese podido allí llegar á una paz entre Wallenstein y los dos príncipes alemanes mas ilustres, cosa muy posible dadas las importantes concesiones que el general estaba dispuesto á hacer, quizás se habría conseguido convertir en universal aquella paz separada; pues cuando una parte del ejército no se hubiese adherido al movimiento de unión con Sajonia y Brandeburgo que podía llegar á ponerse enfrente del emperador, Wallenstein aun habría dispuesto de fuerzas considerables que habrían aumentado rápidamente con solo hacer redoblar de nuevo sus tambores llamando á los guerreros á la lucha, aquella vez contra el soberano. Los mejores oficiales y soldados del ejército imperial, sobre todo los protestantes, habríanse acogido seguramente á sus banderas, y es muy posible que el emperador hubiese aceptado la paz convenida con Wallenstein y hubiese tenido que conceder á todos los protestantes alemanes aquello que un año despues otorgó únicamente á los que concurrieron á la paz de Praga.

¡Cuán distinta era la situación despues de la muerte de Wallenstein! Ya no se hablaba de la paz universal por la que tanto había este trabajado, y lo único que en punto á tendencias pacíficas deseaba el emperador era una paz separada con los sajones que le entregara indefensos á los demás protestantes. En cuanto á la revocación del edicto de restitución que Wallenstein quería conceder, menos que nunca pensaba entonces en ella el emperador, el cual mas bien se prometía quebrantar la resistencia de los protestantes desuniéndolos y, una vez aislados, vencidos con el poder de las armas. En ambos sentidos era para él valiosísima la herencia que el infortunado Wallenstein le dejaba. En cuanto á las negociaciones sobre la paz con Sajonia, á las que naturalmente debía imprimirse una dirección distinta de la que á ellas había impreso Wallenstein, no había mas que continuarlas desde el punto en que las dejara este, y respecto de la resistencia de aquellos á quienes el general quería aislar y debilitar con la paz de Sajonia, para vencerla tenía el emperador á su disposición el ejército creado por el mas grande organizador militar del siglo.

A decir verdad, ese ejército había quedado algo quebrantado con el asesinato de Wallenstein, pues aun haciendo caso omiso de los regimientos que hasta el último instante permanecieron fieles al asesinado, contaba este muchos partidarios aun entre las tropas que no habían querido dar con él el último y decisivo paso. Además el innoble asesinato del general había producido descontento é indignación en todo el ejército. Los oficiales y soldados alemanes culpaban de aquella muerte á los franceses, y entre unos y otros hubo contiendas é innumerables desafíos que amenazaban acabar con el espíritu de disciplina. Esta circunstancia entró en los cálculos de Bernardo de Weimar, el cual, confiando en ella, proyectó á raíz de la catástrofe de Eger una invasión en Bohemia que únicamente fracasó por el desacuerdo existente entre él y Horn y por haberse negado el elector de Sajonia á que su ejército tomara parte en la empresa. Pero por fin cesó la confusión en el ejército de Wallenstein: el espíritu de cuerpo que tan bien había sabido infundir el general en sus tropas se conservó aun despues de la muerte de este por mas que la jefatura, de que se encargaron el joven rey de Hungría y Gallas, distara muchísimo de ser lo que en tiempo de Wallenstein había sido. Las grandes victorias conseguidas por los imperiales en la campaña de 1634 se debieron en primer término á la falta de unidad de dirección que reinaba en el campo contrario.

El duque Bernardo, que de todos los jefes del ejército sueco-protestante era, sin duda alguna, el mas ilustre y el que mejores cualidades poseía, hubo de luchar continuamente con obstáculos y contrariedades que debilitaron su energía, pues el feldmariscal Horn, el hombre de especial confianza de Oxenstierna, no quería estar á las órdenes del

duque de Weimar ni apoyar eficazmente sus planes. Menos dispuestos á ello estaban todavía los sajones: Arnim, desde que el asesinato de Wallenstein rompió violentamente las negociaciones de paz, se sintió acometido por el afán de combatir é inclinado á obrar de acuerdo con Bernardo; pero el elector Juan Jorge, para quien era entonces mas insopor-



El feldmariscal Gustavo Horn

Facsimile reducido del grabado, 1651, de Jeremías Falck (1619 á 1633 aproximadamente). Cuadro de David Beck (1621-1656)

table que nunca su dependencia de Suecia y que estaba disgustado especialmente porque Oxenstierna se había presentado en febrero en el Norte de Alemania y había querido inducir á aquellos Estados á que entraran en la liga de Heilbronn, no estaba dispuesto á imprimir á la guerra una dirección enérgica y antes al contrario deseaba aceptar los ofrecimientos que á raíz de la muerte de Wallenstein le había hecho el emperador por conducto del duque Francisco Julio de Brunswick. De iguales sentimientos estaban animados los mismos coligados de Heilbronn que, convocados por Oxenstierna, concurrieron á principios de abril á la asamblea de Francfort. En vano Bernardo, que acudió personalmente á la reunión, excitó á los congregados á que de una

vez pagaran los atrasos que á las tropas se debían; algunos nada pagaron, otros en vez de dinero entregaron bonos para la caja de la Liga, y ninguno demostró verdadero interés por la causa común. Celosos de la situación dominante del canciller sueco, los mas de los Estados se mostraron harto accesibles á las instigaciones de los embajadores franceses que trataban de destruir la influencia de los suecos en provecho de la de Francia, y se vieron apoyados en su actitud poco favorable á Oxenstierna por el electorado de Sajonia cuyos embajadores trabajaban mas ó menos directamente para disolver la liga de Heilbronn con el propósito de que su elector volviera á tener entre los protestantes alemanes la preeminencia que le habían arrebatado los suecos por la sencilla